

# 10. TEMOR A DIOS

LUCAS 1.50-55

*De generación en generación se extiende su misericordia a los que le temen. Hizo proezas con su brazo; desbarató las intrigas de los soberbios. De sus tronos derrocó a los poderosos, mientras que ha exaltado a los humildes. A los hambrientos los colmó de bienes, y a los ricos los despidió con las manos vacías. Acudió en ayuda de su siervo Israel y, cumpliendo su promesa a nuestros padres, mostró su misericordia a Abraham y a su descendencia para siempre.*

Con el corazón saturado de las Escrituras Sagradas, la joven María transbordó de gratitud y alabanza a Dios por medio de un cántico históricamente conocido como Magnificat (Lucas 1.46-55). En una clara mudanza de tono,<sup>1</sup> la segunda parte de su poema alaba a Dios por Su misericordia, justicia y ayuda a los humildes y hambrientos que temen a Él, así como a Su pueblo escogido, Israel.

El sabio de Proverbios dijo que *el temor al Señor es el principio de la sabiduría* (Proverbios 1.7). Sin temor a Dios las personas desprecian la sabiduría y la disciplina divina y se arriesgan en una vida a su capricho.

Muchos no saben exactamente el significado de temor. De esta forma, imagine un automóvil muy potente. Cuando delante de él, te admiras con su belleza radiante y, todavía más, con la información de su especial fabricación artesanal. Al escuchar el ronco del motor, te asustas con el volumen y la potencia del automóvil. Y al preguntarte si te gustaría manejarlo, respondes y manejas con extremo cuidado. Luego, allí están presentes las características del significado bíblico de temor. Tememos a Dios cuando demostramos admiración, miedo y cuidado por lo que conocemos de Su majestosa belleza, de Su infinito poder y de las consecuencias de llevar con negligencia los parámetros morales que Él estableció según Su santa voluntad.

De acuerdo con el Magnificat, aquellos que temen al Señor alcanzan la clemencia, la justicia y el socorro de forma especial de Dios. María cantó que los humildes fueron honrados, los hambrientos se satisfacen de cosas buenas e Israel fue ayudado por la fiel promesa que Dios había hecho a Abraham, el padre de la nación israelita. Las palabras de María reflejan su buen conocimiento de las Escrituras, fuente de su conocimiento acerca de Dios. Casi mil años antes del nacimiento de María, el rey David, hombre según el corazón de Dios (1Samuel 13.14), ya había declarado las mismas características del carácter divino: *Pero tú, Señor, eres Dios clemente y compasivo, lento para la ira, y grande en amor y verdad. (Salmo 86.15); Justo es el Señor, y ama la justicia; por eso los íntegros contemplarán su rostro. (Salmo 11.7); Pero Dios es mi socorro; el*

---

<sup>1</sup> María muda el canto de la primera persona del singular (yo) para la tercera persona del singular (Él) entre los versículos 50 e 51, marcando una evidente división en el texto.

*Señor es quien me sostiene* (Salmo 54.4 – énfasis mío).

Diariamente nos relacionamos, aunque ni siempre consientes, con clemencia, justicia y socorro de Dios. Su clemencia nos impide de ser consumidos por Su ira contra el pecado (Lamentaciones 3.22). Su justicia es el eje que evalúa nuestra conducta y el fundamento de Su justa retribución (Salmos 9.8, 18.20; 37.28). Su ayuda es imprescindible para que podamos relacionarnos con Él y para disfrutar de Su salvación (Salmos 27.9;37.40;38.22). Con esto en mente, observe el pasaje abajo:

*Pero cuando se manifestaron la bondad y el amor de Dios nuestro Salvador, él nos salvó, no por nuestras propias obras de justicia sino por su misericordia. Nos salvó mediante el lavamiento de la regeneración y de la renovación por el Espíritu Santo, el cual fue derramado abundantemente sobre nosotros por medio de Jesucristo nuestro Salvador. (Tito 3.4-6).*

No son nuestros hechos de **justicia** los que nos favorecen delante de Dios. No hay nada que podamos hacer que nos garanta la salvación. Somos tan sucios por culpa de nuestros pecados que es imposible presentarnos limpios delante de Él, por medio de nuestros propios esfuerzos. Por su vez, consciente de nuestra situación y siendo rico en **clemencia**,<sup>2</sup> Dios nos **socorre** en nuestra purificación (el *lavar regenerador y renovador*<sup>3</sup>), condición esencial para relacionarnos con Él. La fe en Jesucristo, nuestro Salvador, es el camino para la acción regeneradora y renovadora del Espíritu Santo.

Yo no sé cuán sucio estás, pero sé cuán sucio ya estuve. Mi antigua religiosidad nunca me aproximó de Dios, al contrario, me alejaba cada vez más, pues me inducía a sentirme merecedor de la vida eterna. Era una gran barrera para que entendiese la gracia de Dios. ¿Cuál es la peor suciedad de tu vida? ¿Soberbia? ¿Terquedad? ¿Incredulidad? ¿Idolatría? ¿Mentira? ¿Envidia? ¿Descontrol? ¿Amargura? ¿Adultério? ¿Asesinato? Cualquiera que sea, puedo asegurarte: no hay suciedad causada por el pecado que el Señor Jesús no pueda limpiar.

Con el debido temor, busque en Dios clemencia, justicia y socorro. Esas son características inherentes a la Navidad de verdad porque también caracterizan Jesús, el Salvador.

## UNA ORACIÓN

**“Señor Dios, ahora te conozco y me conozco mejor. Deseo, como nunca desee, relacionarme contigo Señor. Por eso, pido perdón por la falta de fe que me impide de creer en Jesucristo. Temo a ti Señor y clamo por Tu clemencia.  
¡Sálvame, Señor! En nombre de Jesús, amén.”**

---

<sup>2</sup> La clemencia de Dios se expresa en que Él no aplique el castigo merecido.

<sup>3</sup> O sea, el nuevo nacimiento (Juan 3.5-8).